









necer colocadas de plano en la sombra de esta escarcela donde, á la larga, se hubieran cubierto de barbas, hollin y fungosidades. Aquí yo no gasto nada, viviendo á lo rústico y chupando de la teta de la tierra, nodriza de los humanos. Así pues esta cantidad no me hará falta.

No teniendo nada que contestar á estas razones, Blazius embolsó las pistolas y dió un cordial abrazo á Bellombre. Los azules ojos del Pedante brillaban más que de costumbre entre sus guiñadores párpados. La luz se bañaba en una lágrima, y los esfuerzos que el viejo histrion hacia para retener aquella perla de reconocimiento imprimian á sus enmarañadas cejas los más cómicos movimientos: ya remontaban hasta la mitad de la frente entre un reflujo de plegadas arrugas, ya le bajaban casi hasta velarle la mirada. Estas maniobras no impidieron sin embargo que la lágrima saltase y corriese á lo largo de su nariz, caldeada al rojo cereza por las libaciones de la víspera, en la pared de la cual se evaporó.

Decididamente, los vientos adversos que soplaban sobre la compañía habían cambiado. Los productos de la representación, unidos á las pistolas de Bellombre, formaban un total bastante redondo, pues entre las vituallas se encontró mezclada cierta cantidad de monedas, y la carreta de Tespis, tan desnuda poco hacia, estaba entonces abundantemente provisionada. Para no hacer las cosas á medias, el generoso Bellombre prestó á los cómicos dos robustos caballos de labor muy bien enjaezados, con collares pintorreados y clarinados de cascabeles que resonaban del modo más alegre del mundo al paso firme y regular de las excelentes bestias.

Nuestros cómicos, reanimados y de buen humor, hicieron pues en Poitiers una entrada sino tan magnífica como la de Alejandro en Babilonia, bastante majestuosa. El mozo que debía volver los caballos al cortijo, les llevaba de la brida y moderaba su paso, pues los nobles brutos lo apresuraban, olfateando de lejos el cálido perfume del establo. A través de las tortuosas calles de la ciudad, las ruedas de la carreta re-

tumbaban sobre el desigual empedrado, y la herramienta resonaba con ruido alegre que atraía la gente á las ventanas y delante de la puerta de la posada; para hacerse abrir, el conductor arrancó de su fusta una alegre granizada de chasquidos, á la que las bestias respondieron con bruscas convulsiones que pusieron en movimiento sus cascabeles.

No se parecía aquella á la manera triste, miserable y furtiva con que los comediantes pocos dias antes llegaban á las más inmundas tabernas. Así es que el hostelero de las *Armas de Francia* comprendió, al oír aquella zambra, que los recién llegados traían dinero, y corrió el mismo en persona á abrir de par en par la puerta cochera.

La posada de las *Armas de Francia* era la más importante de Poitiers y la en que paraban las gentes serias y ricas. El patio en que penetró el carro tenía muy buen aspecto. Algunas construcciones elegantes le rodeaban, adornadas en sus cuatro fachadas por un balcon cubierto ó galería ataraceada y sostenida por barrotes de hierro empotrados en la pared, disposicion cómoda que permitia llegar á los cuartos sin atravesar pieza alguna, cuyas ventanas recibian luz del exterior y facilitaban el servicio de los lacayos. Al fondo del patio se abria un arco que daba paso á los retretes, cocinas, establos y cobertizos donde se metian los carruajes.

En todo ello reinaba un aire de prosperidad. Recientemente blanqueadas, las paredes alegraban la vista; en la madera de los pasamanos ni en las balaustradas de las galerías se veia un grano de polvo. Las tejas nuevas, cuyas estrías conservaban todavía algunas partículas de nieve, brillaban al sol de invierno cuya luz hacia resaltar su color rojo subido. De las chimeneas subian en espiral columnas de humo de buen augurio. Al pié del vestíbulo, con gorro en mano, estaba el posadero, buen mozo de desarrollada corpulencia, con tres pliegues debajo de la barba que hacian el elogio de su cocina, así como hacia el de su bodega el bello color púrpura de su semblante que parecia frotado con moras como la



cara del borracho Sileno, bonachon preceptor de Baco. Una sonrisa que iba de una á otra oreja hinchaba sus abultados carrillos y empequeñecía sus burlones ojos cuyo ángulo externo desaparecía en una pata de gallo de graciosas arrugas. Estaba tan fresco, tan gordo, tan encarnado, tan apetitoso, tan á punto, que daba ganas de pasarlo con la espetera y comerlo rociado con su propio jugo.

Cuando vió al Tirano, á quien conocía de larga fecha y sabía que pagaba bien, el buen humor del hostelero redobló, pues los cómicos atraen consumidores y los jóvenes de la ciudad derrochan en refrigerios, festines, cenas y otras franquicias para entablar relaciones con las actrices y alcanzar los favores de estas coquetas por medio de vinos generosos, grajeas, confituras y otras golosinas.

—¿Qué buenos vientos os traen, señor Herodes?—dijo el hostelero;—mucho tiempo há que no se os ha visto por las *Armas de Francia*.

—Cierto es,—contestó el Tirano,—pero no es bueno hacer siempre sus monerías en la misma localidad. Los espectadores acaban por conocer todas vuestras comedias hasta el punto que las ejecutarían ellos mismos. Un poco de ausencia es necesaria. Lo olvidado pasa por nuevo. ¿Hay en este momento mucha nobleza en Poitiers?

—Mucha, señor Herodes, la caza se ha cerrado y no saben qué hacer, pues no siempre se puede comer y beber. Tendreis buenas entradas.

—Entonces,—dijo el Tirano,—haced traer las llaves de siete ú ocho cuartos, ensartar en el asador tres ó cuatro capones, sacar de la bodega una docena de botellas de aquel vinillo que vos sabeis, y esparcid por la ciudad la nueva de que el señor Herodes ha desembarcado en las *Armas de Francia* con un nuevo repertorio, proponiéndose dar muchas representaciones.

Mientras el Tirano y el posadero sostenían este diálogo, habían bajado de la carreta los cómicos, el equipage de los

cuales fué trasportado por algunos criados á las habitaciones designadas de antemano. Con motivo de estar ocupadas las más próximas, la de Isabel se encontró un poco separada de las demás, alejamiento que no disgustó á la púdica jóven á quien incomodaba á veces esa promiscuidad gitanesca á que obliga á veces la vida errante de los cómicos.

Pronto por la ciudad, gracias á la verbosidad de maese Billot, se supo que habían llegado cómicos que debían poner en escena obras de los más privilegiados talentos de la época tan bien como en Paris, sinó mejor. Los pisaverdes y los refinados se informaron de la belleza de las actrices, todo atusándose el bigote con ademan de triunfo y de fatuidad perfectamente ridículo. Billot les daba, acompañándolas de significativas muecas, respuestas discretas y misteriosas propias á volver del revés el cerebro y á exasperar la curiosidad de aquellos jóvenes vellocinos.

Isabel, que había hecho colocar sus vestidos sobre las tablas del armario que, con un lecho con goteras, una mesa de retorcidos piés, dos sillones y un cofre de madera, componía el moviliario de su cuarto, se entregó á las atenciones de tocador que necesita una jóven delicada y cuidadosa de su persona despues de largo camino hecho en compañía de hombres. Desplegó Isabel sus largos cabellos más finos que la seda, los desenredó, peinólos, vertió sobre ellos algunas gotas de esencia de bergamota, y se los volvió á atar con estrechas cintas azules, color que sentaba muy bien á su rosada palidez. Luego cambió de ropa interior. Quien la hubiese visto de aquella suerte hubiera creído tener ante sus ojos una ninfa de Diana disponiéndose, despues de dejar sus vestidos en la orilla, á meter el pié en el agua, en alguno de los poéticos valles de Grecia. Pero no fué más que un rayo. Sobre su blanca desnudez cayó de súbito una celosa nube de tela, pues Isabel, aun en la soledad, era casta y pudibunda. Luego se puso un traje ceniciento engalanado con adornos azules, y mirándose al espejo sonrió con esta sonrisa que se otorga la